

El padre de Kafka

Santiago Sylvester

Cada tanto la literatura adjudica carácter arquetípico a un personaje: la duda para Hamlet, la lealtad familiar para Antígona, lo quijotesco para don Quijote, lo gauchesco para Martín Fierro y Santos Vega. Una de esas adjudicaciones (finalmente literaria: provenga de la vida o de la invención, hoy ya no importa) atribuye la autoridad paterna, aterradora, a Hermann Kafka, padre de Franz.

Desde la primera vez que cayó en mis manos la *Carta al padre*, hasta hoy, cuando he vuelto a leerla, sucedieron algunas cosas: al hecho de ser hijo he sumado el de ser padre, he ampliado mis lecturas kafkianas y he conocido Praga.

Empezando por el final, diré que Praga, siendo una de las ciudades más señoriales de Europa, tiene un sello en la frente. Kafka es uno de esos pocos escritores que logran adjetivar con su nombre una situación o un ámbito. Quiero decir que Praga, por fatalidad literaria, es una ciudad kafkiana: tiene una hermosura sombría, graves movimientos debajo de una superficie aparentemente inocua. O al revés: nada parece inocuo allí, ni las cariátides, ni el reloj de la plaza, ni las torres en punta de la catedral, ni el cementerio judío con sus lapidones clavados a pique en la tierra, ni siquiera (para no mentar al emblemático Castillo) el paisaje aristocrático de los cisnes negros navegando en el río Moldava: nada parece inocuo, y sin embargo allí la vida debe ser vivida como en cualquier lugar. Sólo que en Praga lo kafkiano (lo que ha quedado bautizado así) asoma las orejas en el rincón más ingenuo, si cabe esta palabra en un sitio después de haber sido revisado por Kafka. Pero éstas son, reconozco, consideraciones de viajero predispuesto por un par de alegorías, y ahora no se trata de impresiones de viaje sino de impresiones de lectura.

La primera vez que leí la carta, yo tenía veinticinco o veintiséis años y estudiaba derecho en Buenos Aires. Sufrí el impacto de saber que estaba ante un portentoso y seguramente merecido ajuste de cuentas; pero hubo algo que modificó sustancialmente el punto de vista: un buen día me di cuenta de que esa carta había sido escrita por un abogado de treinta y seis años que, a pesar del agobio que le causaba su padre, nunca, estrictamen-

te, se había ido de la casa paterna. ¿Cómo es posible, fue mi pregunta obvia, que un hombre hecho y derecho (diez años mayor que yo entonces) haya resistido semejante malestar sin tomar la menor distancia física del foco de su enfermedad? Esto, para alguien que vivía desde hacía cinco o seis años a mil setecientos kilómetros de su padre, tenía todo el aspecto de ser, más que un merecido ajuste de cuentas, una extraordinaria complicación, una pieza maestra del exceso, o tal vez un malentendido que, en el mejor estilo de su autor, estaba agudizado por la seducción que sobre él ejercía el mismo hecho que denunciaba.

La *Carta al padre* fue escrita en noviembre de 1919, y es una pena que por ese tiempo Kafka haya suspendido su diario: hubiera sido interesante espiar qué pensaba al margen de tan espeso asunto. Aunque tal vez nos hubiera tocado leer una superposición.

En esta carta, la más literaria y trabajada de cuantas haya escrito, se puede reconocer el estilo epistolar de las que también envió a Felice Bauer y, sobre todo, a Milena Jesenska: piezas maestras del asedio, sin dejar escape al destinatario, que lo situaban, no en el lugar del novio o del amante, sino en el de acusador y culpable, sin que se llegue a saber, como en *El Proceso*, el motivo de ambas cosas.

Con su padre opera de un modo similar. Una prosa minuciosa, exasperante, que no avanza en línea recta sino por meandros, con el método judicial del que prueba y arrincona, y si entreabre una puerta es sólo para poder cerrarla. Así, comienza declarándolo inocente con el propósito de condenarlo, aunque tampoco sea clara la condena.

Podemos dar por cierto, ya que es evidente, que el catálogo de agravios que enumera está fundado, y todo este asunto doloroso llega a conmover por lo que subyace, pero la prosa no es conmovida sino más bien fría, con bastantes «astucias de abogado», como él reconoce en una carta a Milena, y las pruebas aportadas tienen una generalidad tal que son legión en este mundo los que, confesos de paternidad o no, podrían ser acusados por Kafka de tener los defectos de su padre. Hay, sin dudas, una buena dosis de autoritarismo en ese hombre fornido, de voz sonora, amante de la bebida blanca y de las mujeres, que tuvo que hacerse a sí mismo a partir de una infancia pobre y mezquina; y se detecta con facilidad (y hasta se comprende) su desinterés por el mundo mental de su hijo; pero sería oportuno valorar qué tipo de condena merece alguien al que se lo acusa de ser robusto, tener salud, apetito, humor, facilidad de palabra, presencia de espíritu, cierta generosidad y que, a la vez, enarbola un temperamento fuerte e irascible: en síntesis, si nos atenemos a su hijo, «un verdadero Kafka». Hay una anécdota central de su primera infancia, según la cual su padre lo castigó, ence-

rrándolo «un ratito solo» en el balcón oscuro, porque lloraba: de este incidente saca el juicio devastador de haber llegado a un camino cerrado para siempre (el del estímulo, el de la amistad con su padre) y el sentimiento de anulación más extremo: el de no ser «absolutamente nada para él». Se siente oprimido por su corpulencia: su padre tiene los hombros anchos, y esto lo humilla en una tarde que, con seguridad, toda su familia supuso que había sido feliz en la playa. Otra acusación reiterada es la de ser contradictorio: en lo personal, en lo social, en lo religioso; lo acusa de trato despótico con él y con los empleados de la tienda, y aunque da ejemplos desagradables, el lector ve, sobre todo, a un hombre directo (no más que otros) empeñado en sacar adelante a su familia en una situación difícil. Lo ofende que su padre recuerde las privaciones de su infancia, como si la mención de los esfuerzos por superarlas escondiera una demanda contra él. Finalmente lo acusa de darle la libertad para escoger una profesión, cuando seguramente un hombre hecho a sí mismo no sentía sino orgullo por haberle dado a su hijo, no sólo una profesión, sino la libertad de optar.

Hay, sin dudas, base para iniciar el juicio, pero la pregunta es en qué consiste la acusación, porque uno tiene la sospecha, casi la certeza, de que si su padre hubiera sido débil, condescendiente, bien dispuesto y casto, habría recibido una reprimenda por ello, con otra acumulación de pruebas presuncionales en su contra. Su única posibilidad de librarse del pleito habría sido, me parece, la de no ser el padre de Kafka; y con esto nos acercamos al núcleo de la acusación.

En un pasaje de la carta, Kafka dice expresamente que todo lo que escribió tiene el mismo destinatario: «Mis escritos trataban de ti; en ellos exponía las quejas que no podía formularte directamente», con lo cual *El proceso*, *La metamorfosis*, *En la colonia penitenciaria*, y todo lo que hasta entonces había escrito, se vuelve un reclamo indirecto, un aullido atroz en el oído sordo de su padre. Es conmovedor este poderoso llamado de atención, y sin embargo, queda pendiente, por la desmesura, ese nudo cerrado que, a la vez que en el padre, habrá que buscarlo en la extrema sensibilidad del hijo. El deterioro de sus relaciones familiares había llegado a la situación de mantener, como él mismo lo dice, un promedio de veinte palabras diarias con su madre, casi ninguna con su padre y decididamente ninguna con sus hermanas casadas y cuñados, y proclama varias veces en su diario su aversión por «la noria familiar», aunque hay que entender que el origen de este deterioro está en la relación que denuncia en su carta.

El largo meandro circular, implacable, que es la *Carta al padre*, hace de la maraña un método difícil de desentrañar; de la prueba de indicios, una demostración; y concluye poniendo en el lugar del acusado, no ya a Her-